

Secretaría de Prensa

INTERVENCION DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN MESA REDONDA ANTE LA PRENSA
INTERNACIONAL, CON MOTIVO DE LA CUMBRE MUNDIAL DE LA INFANCIA

NUEVA YORK, 29 de Septiembre de 1990.

Estimados amigos, señoras y señores:

Estamos reunidos en este encuentro con los representantes de la prensa internacional para abordar la pregunta: "¿Por qué una Cumbre Mundial en favor de la Infancia?"

Voy a hablar desde la experiencia de un país en vías de desarrollo, que sufre los graves problemas que se manifiestan en la situación de los millones de niños que hoy nos convocan.

Vivimos un tiempo nuevo, pese a los conflictos recientes que nos perturban.

Cuando la humanidad asiste al derrumbe de los muros ideológicos que por tantas décadas dividieron a los hombres, cuando la vocación de diálogo y entendimiento está superando las barreras impuestas por las diferencias de pensamiento, el mundo tiene el deber moral de pagar cuanto antes lo que en mi país consideramos una deuda social con los más pobres. Una demanda que se acumula y sigue aumentando en vez de disminuir.

"Los pobres no pueden esperar", clamó el Papa Juan Pablo II en Chile, cuando nos visitó en 1987.

Cuarenta mil niños mueren diariamente en la Tierra. La mayoría de ellos por causas evitables y prevenibles. De los sobrevivientes, millones lo hacen en condiciones de desnutrición que les impiden un desarrollo humano normal, y la mitad no tendrá acceso ni tan solo a una educación básica adecuada.

El niño maltratado de hoy es el ciudadano escéptico del mañana. Quien madura a golpes asume la filosofía de la fuerza como orden de la vida. Difícilmente la democracia podrá contar con él para buscar en el diálogo y la concertación la solución de los problemas sociales.

El mundo no puede seguir esquivando este desafío. Resulta

trágico el hecho de que en la última década los problemas sociales de la humanidad se hayan agravado en las regiones más pobres.

Durante la década de los ochenta, los ingresos medios de la mayor parte de América Latina descendieron en casi un diez por ciento, y más de un veinte por ciento en parte de África. El gasto en salud por habitante, en la mayoría de los países de estos continentes, se redujo en vez de crecer, y lo mismo ha ocurrido con la educación.

En 1980, aproximadamente 130 millones de latinoamericanos vivían en condiciones de pobreza. En 1990, la cifra es de 204 millones. Unos setenta y cuatro millones de esas personas están agobiados por la desesperanza de la pobreza extrema.

Más de cien millones de personas pobres de Latinoamérica y El Caribe son menores de 18 años. La mayoría de los pobres son niños y la mayoría de los niños son pobres.

Detrás de estas cifras hay rostros de personas, detrás de estos niños están sus familias y detrás de esas familias están sectores sociales sufrientes, marginados, sin oportunidades ni esperanzas. Allí no llegan los beneficios del mundo moderno, de cuyos avances la humanidad se enorgullece. Allí la riqueza aparece no sólo como algo inalcanzable, sino muchas veces se presenta como una ostentación intolerable.

Esta es una responsabilidad para nuestras generaciones.

Enfrentar la pobreza como la raíz principal de las condiciones de dolor y angustia de millones de seres humanos es un desafío formidable que convoca a la creatividad y dinamismo, no solo de las autoridades públicas, sino también de la iniciativa privada. Por lo tanto, esta es una tarea de los gobierno y de las sociedades. De allí la relevancia del papel que cumple la empresa privada como motor principal del desarrollo.

Estamos ciertos que para avanzar hacia la justicia se requiere desarrollo. No es posible repartir solo lo que ya existe; es preciso aumentar sustancialmente la producción, lo que significa realizar un esfuerzo sostenido de crecimiento económico.

Sin embargo, resulta evidente que el crecimiento por sí mismo no es capaz de mejorar la situación de los más desposeídos en un plazo razonable. La llamada política del "derrame" no constituye el camino más eficaz para superar esta dualidad.

De allí la importancia de una voluntad política y de una acción decidida de los Estados para progresar hacia la equidad.

Nuestros países no pueden seguir avanzando en el camino del desarrollo sino avanzamos también en el camino de la justicia

social. Mientras el crecimiento y la modernización de la sociedad coexisten con desigualdades tan profundas, se corre el riesgo de consolidar en ellas dos realidades no solo diferentes, sino antagónicas: la de los que tienen acceso a la modernidad y los frutos del crecimiento, y la de los marginados, que son excluidos de la vida moderna y constituyen una carga para la sociedad.

Una sociedad atravesada por desigualdades socioeconómicas inaceptables para el sentimiento moral contemporáneo, es el mejor sustrato para la exacerbación de los conflictos y su desenlace en quiebres institucionales y opresión.

Donde la injusticia social prevalece, no hay paz laboral ni confianza; empresarios y trabajadores se convierten en enemigos, con el consiguiente resultado de inestabilidad y estancamiento económico.

Para crecer necesitamos trabajo, disciplina, perseverancia, paciencia, voluntad de emprender y unidad, lo que solo puede conseguirse en un clima de equidad, en que todos se sientan partícipes no solo del esfuerzo, sino también de los frutos del crecimiento. La pobreza, la mala salud, la escasa educación equivalen a un desperdicio de energías, talentos y capacidades potenciales. Por eso es necesario invertir en las personas, en capital humano. La justicia social beneficia a todos, no solo a los marginados.

Asignamos también la mayor de las importancias a la acción internacional. Problemas como la drogadicción, la violencia, el deterioro del medio ambiente, el SIDA, trascienden la esfera de los Estados nacionales y obligan a una cooperación global.

Inspirados en estos principios y procediendo con criterios realistas y sobre todo con voluntad política, el mundo de hoy debe enfrentar el pago de esta deuda social que es una sombra que empaña los logros políticos que estamos presenciando y que no se compadecen con el valor universal que ha adquirido la defensa de los Derechos Humanos en todas las latitudes.

El mundo tiene los medios y la capacidad técnica para fijarse metas ambiciosas en relación a los niños.

Quiero tan sólo dar el modesto ejemplo de Chile en su lucha contra la mortalidad infantil. En la década de los años 30, de cada mil nacimientos morían 200 niños. A partir de entonces, con políticas sostenidas sistemáticamente por gobiernos de las más diversas corrientes ideológicas, ella se redujo a 136 en 1950; 120 en 1960; 79 en 1970; 31 en 1980; y 19.5 en 1985, fecha desde la cual no hay cambios significativos. Globalmente esta es, sin duda, una historia de éxito.

Estos mismos resultados se pueden lograr hoy día con mayor

rapidez y eficacia.

Es por ello que nos hemos reunido para expresar nuestra convicción como gobernantes, de que esta situación no debe continuar, y manifestar la voluntad de actuar en términos concretos a fin de superar progresivamente la actual condición de los niños del mundo.

Esta Cumbre debiera conducirnos a diseñar políticas, a las que todos nos comprometiéramos, cuya ejecución nos conduzca a llevar a cabo acciones que nos permitan, en plazos razonables, a reducir substancialmente las tasas de mortalidad infantil, mortalidad materna y malnutrición de niños menores de cinco años, multiplicar los servicios de agua potable y eliminación de excretas, multiplicar el acceso de los niños a la educación básica y darles protección en circunstancias especialmente difíciles, como conflictos armados y catástrofes.

Este conjunto de tareas nos plantea la exigencia de mirar el mundo del futuro con sensibilidad y valores humanistas. El respeto por la dignidad del ser humano y la satisfacción de sus necesidades esenciales constituye el fundamento de toda sociedad civilizada.

Yo tengo esperanza. Este encuentro debiera marcar el punto de partida para generalizar en la conciencia común de la humanidad, la comprensión de nuestros deberes para con los niños. Ellos representan lo más puro de la condición humana, no contaminado por prejuicios, rencores ni frustraciones. Ellos representan el porvenir. Su inocencia nos interpela y nos exige hacer todo lo posible para procurarles condiciones de vida que les permitan formarse plenamente como personas.

Creo en el ser humano. Creo que podemos hacer primar la solidaridad y el entendimiento. Creo en la cooperación internacional y en la gran tarea de Naciones Unidas y UNICEF. Creo que la voluntad política, cuando es expresión del sentimiento popular, puede lograr grandes cambios. Por eso estoy aquí, participando en esta Cumbre Mundial en favor de la Infancia.

Por eso estoy aquí, en nombre de Chile, participando en esta Cumbre Mundial en favor de la Infancia.

Muchas gracias.

* * * * *

NUEVA YORK, 29 de Septiembre de 1990.

MLS/EMS.